



El Parásito

y otros cuentos de terror

ARTHUR CONAN DOYLE

Arthur Conan Doyle (1859-1930), universalmente conocido como creador del inmortal detective Sherlock Holmes, nació en Edimburgo en una familia de origen irlandés. Estudió medicina, profesión que desempeñó en diversos destinos a los que le condujo su vida aventurera e itinerante: a bordo del ballenero Hope, en la guerra de los boers y otros, hasta que decidió dedicarse plenamente a escribir historias de ficción; su verdadera vocación; alimentada por los cuentos y leyendas que oyó a su madre de niño. Su capacidad para fabular le llevó a escribir multitud de relatos de muy diversos géneros: misterio, aventuras, históricos y de terror, tema este último inspirado en su pasión y fe inquebrantable en el ocultismo y el espiritismo, del que fue un gran divulgador por todo el mundo.

El presente volumen reúne una amplia selección de treinta y dos relatos, la práctica totalidad de las historias de terror escritas por ACD. El lector encontrará en estas páginas desde historias de fantasmas, como "La mano parda" o "Jugando con fuego"; o inspiradas en el antiguo Egipto; como "Lote núm. 249" o "El anillo de Toth", hasta relatos de criaturas increíbles; como "Espanto en las alturas" o "El espanto de la cueva de Juan Azul"; o de venganzas terribles; como "La catacumba nueva" o "El gato de Brasil". El volumen incluye "El Parásito", una novela corta en la que Conan Doyle nos narra una historia atípica de vampirismo, en la que el vampiro, a diferencia de sus hermanos de sangre, no persigue una posesión física de su víctima sino psíquica.

La edición se completa con un variado álbum que reúne ilustraciones de diversas publicaciones de estos relatos así como una selección fotográfica que recorre la azarosa vida de su autor.

EL CUENTO DEL AMERICANO^[1]

—Es extraño, sí, es extraño —decía él cuando abrí la puerta del cuarto donde se reunía nuestro grupito social y semiliterario—, pero les podría contar cosas más raras que las de aquí... cosas tremendamente raras. No se puede aprender todo en los libros, caballeros, no, no, no. Ya ven que no son hombres capaces de hablar correctamente el inglés, ni que hayan tenido buena educación, los que se encuentran en los lugares extraños en los que he estado. En general son hombres rudos, señores, que apenas hablan bien, y mucho menos pueden contar con papel y pluma las cosas que han visto; pero si pudieran, harían que sus pelos europeos se pusieran de punta por el asombro. ¡Sí lo harían, señores, pueden apostar!

Se llamaba Jefferson Adams, según creo; sé que sus iniciales eran J.A., pues se pueden ver profundamente talladas en el panel superior derecho de la puerta de nuestro salón de fumar. Nos dejó ese legado, y también algunos diseños artísticos hechos en jugo de tabaco sobre nuestra alfombra turca; pero aparte de esos recuerdos, nuestro narrador americano se ha evaporado de nuestra vista. Brilló como un meteorito luminoso a través de nuestra tranquila y ordinaria jovialidad, y luego se perdió en las tinieblas exteriores. Aquella noche, sin embargo, nuestro amigo de Nevada estaba en su apogeo; y yo encendí tranquilamente mi pipa y me dejé caer en el sillón más cercano, ansioso de no interrumpir su historia.

—Tomen nota —prosiguió— de que no tengo ninguna tirria contra sus hombres de ciencia. Respeto y admiro al tipo que puede darle un nombre de trabalenguas a toda bestia y planta vivientes, desde un arándano a un oso pardo; pero si quieren hechos interesantes de verdad, algo un poco sabroso, vayan a sus balleneros y hombres de la frontera, y a sus exploradores y hombres de la Bahía de Hudson, tipos que apenas pueden escribir su nombre.

Aquí hubo una pausa, cuando Mr. Jefferson sacó un largo veguero y lo encendió. Nosotros guardamos un estricto silencio en el cuarto, pues ya habíamos aprendido que a la menor interrupción nuestro yanqui se metía otra vez en su caparazón. Miró alrededor con una sonrisa de satisfacción al notar nuestras miradas expectantes, y continuó a través de un halo de humo.

—Y bien, señores, ¿cuál de ustedes ha estado alguna vez en Arizona? Ni uno, seguro. ¿Y de todos los ingleses y estadounidenses que saben usar una pluma, cuántos han estado en Arizona? Muy poquitos, calculo. Yo he estado allí, señores, viví allí varios años; y cuando pienso en lo que allí he visto, bueno, apenas me lo puedo creer yo mismo.

»¡Ah, eso sí que son tierras! Yo fui uno de los filibusteros de Walker^[2], como decidieron llamarnos; y después de que nos separáramos, y fusilaran al jefe, algunos de nosotros nos alejamos aprisa y nos asentamos por allá. Éramos una colonia regular angloamericana, con nuestras mujeres e hijos, y todo completo. Supongo que aún siguen allí algunos de los viejos amigos, y que no han olvidado lo que les voy a contar. No, seguro que no, y no lo harán mientras estén a este lado de la tumba, señores.

»Habla de aquella tierra, entonces; y creo que les podría asombrar considerablemente si no les hablase de nada más. ¡Pensar que esa tierra la han levantado unos cuantos “grasientos^[3]” y mestizos! Es un uso erróneo de los dones de la Providencia, eso es lo que yo digo. La hierba crece allá por encima de las cabezas de la gente, y hay árboles

tan frondosos que no se puede ver ni un resquicio de cielo azul durante leguas y leguas, ¡y hay orquídeas como paraguas! Quizás alguno de ustedes ha visto una planta que llaman "atrapamoscas" en algunos lugares de los Estados Unidos.

—*Dianoea muscipula* —murmuró Dawson, nuestro científico *par excellence*.

—¡Sí, eso, diarrea municipal! Se ve a una mosca que se para sobre esa planta, y luego se ve cómo los dos lados de una hoja se cierran y la agarran entre los dos, y la machacan y la hacen pedazos, Dios santo, como el gran calamar gigante con su pico; y horas después, si se abre la hoja, se ve el cuerpo ahí tirado, medio digerido, y hecho pedazos. Bien, he visto algunas atrapamoscas en Arizona con hojas de dos y tres metros de largo, y espinas o dientes de casi medio metro; bueno, esas hojas podrían... ¡Pero, maldita sea, estoy yendo demasiado rápido!

»Yo les quería hablar de la muerte de Joe Hawkins; una cosa de lo más rara, creo yo, que hayan oído nunca. No había nadie en Montana que no conociera a Joe Hawkins... "Alabama" Joe, como lo llamaban allí. Un mercenario redomado, eso era, el peor canalla que ha pisado la tierra. Era bastante buen tipo, entiéndanme bien, siempre que uno le entrara por el ojo bueno; pero si se le hacía enfadar era peor que un puma. Le he visto vaciar su seis tiros sobre una muchedumbre que lo empujó por casualidad cuando entraba al bar de Simpson un día que había baile; y acuchilló a Tom Hooper porque le derramó el licor sobre su chaleco sin querer. No, no se detenía ante el asesinato; y no era un hombre en el que se debiera confiar a menos que se le pudiera tener vigilado.

»Bueno, en la época de la que les hablo, cuando Joe Hawkins fanfarroneaba por la ciudad y dictaba la ley con sus pistolones, había por allí un inglés que se llamaba Scott... Tom Scott, si no recuerdo mal. Este tal Scott era un británico consumado (con perdón de los presentes), y aun así

no estaba muy apegado al grupo británico de allá, o ellos no estaban apegados a él. Era un hombre tranquilo y sencillo este Scott; incluso demasiado tranquilo para un grupito tan rudo como aquél; le llamaban ruin, pero no lo era. Se mantenía bastante aparte, y no interfería con nadie mientras lo dejaran tranquilo. Algunos hablaban de que le habían tratado mal en su tierra... porque era un cartista^[4], o algo de eso, y había tenido que defenderse y huir; pero nunca hablaba de sí mismo y nunca se quejó. Tuviera buena o mala suerte, el tipo mantenía la boca cerrada sobre sí mismo.

»Este tal Scott era una especie de cabeza de turco para esos hombres de Montana, porque era muy tranquilo y sencillo, no había ningún bando que lo defendiera de los agravios; pues, como les iba diciendo, los británicos apenas lo contaban como uno de los suyos, y le gastaban muchas bromas pesadas. Nunca se enfadaba mucho, sino que era muy educado. Creo que los chicos llegaron a pensar que no tenía mucho coraje, hasta que les mostró que estaban equivocados.

»Fue en el bar de Simpson donde se armó la trifulca, y eso llevó a la cosa extraña de la que les iba a hablar. Alabama Joe y otros dos o tres camorristas andaban buscando las cosquillas a los británicos por aquellos días, y soltaban sus opiniones muy libremente, aunque les advertí que podría haber un jaleo de cuidado. Esa noche en particular Joe estaba medio borracho, y andaba fanfarroneando por la ciudad con sus seis tiros, buscando pelea. Entonces se dirigió hacia un bar donde sabía que iba a encontrar a alguno de los ingleses tan dispuesto a una pelea como él. Con seguridad, había una media docena haraganeando por allí, y Tom Scott estaba solo, de pie junto al fogón. Joe se sentó a la mesa y puso allí encima su revólver y su cuchillo de monte.

»—Éstos son mis argumentos —me dice—, si algún inglés cobarde se atreve a desmentirme.

»Intenté detenerlo, señores, pero no era un hombre al que se pudiera convencer fácilmente, y empezó a hablar tic una forma que ningún tipo podría aguantar. ¡Bueno, hasta un “grasiento” se encolerizaría si alguien dijera algo así de su tierra! Hubo un revuelo en el bar, y todos echaron mano a sus armas; pero antes de que pudieran desenfundar oímos una tranquila voz desde el fogón.

»—¡Reza tus oraciones, Joe Hawkins, porque te juro por lo más santo que eres hombre muerto!

»Joe se dio la vuelta, y pareció que agarraba su pistolón; pero no tenía opción de usarlo. Tom Scott estaba de pie, apuntándolo con su Derringer; había una sonrisa en su cara, pero era el mismo diablo el que brillaba en su mirada.

»—No es que la vieja patria me haya tratado demasiado bien —dijo—, pero nadie va a hablar contra ella delante de mí, y seguir vivo.

»Por unos segundos vi cómo su dedo se acercaba al gatillo; luego soltó una carcajada y tiró la pistola al suelo.

»—No —dijo—, no puedo disparar a un hombre medio borracho. Vetecon tu sucia vida, Joe, y úsala mejor que hasta ahora. Esta noche has estado más cerca de la tumba de lo que vas a estarlo hasta que te llegue la hora. Mejor te vas con viento fresco. ¡Ah!, y nunca me mires mal, amigo; no le tengo miedo a tu pistolón. Los gallitos son casi siempre cobardes.

»Y se dio la vuelta con desdén y volvió a encender en el fogón su pipa medio apagada; mientras tanto, Alabama se escabulló del bar con las risas de los ingleses resonando en sus oídos. Vi su cara cuando pasó a mi lado, y allí vi un odio de muerte, señores... asesinato, lo vi más claro que cualquier otra cosa que haya visto en mi vida.

»Me quedé en el bar tras el jaleo, y observé a Tom Scott cuando estrechaba la mano a la gente de alrededor. Me parecía un poco raro verlo sonriente y animado; porque yo conocía la intención sanguinaria de Joe, y sabía que el inglés tenía escasas posibilidades de ver la mañana siguiente.

Vivía en un lugar un poco apartado, ya saben, bastante fuera del camino, y había que pasar por la Cañada de los Atrapamoscas para llegar allí. Esa cañada era un lugar sombrío y pantanoso, bastante solitario incluso de día, pues siempre era algo pavoroso ver las hojas de dos y tres metros cerrarse con violencia si algo las tocaba; pero de noche nunca había un alma cerca de allí. Además, algunas partes del pantano eran blandas y profundas, y si se lanzaba allí un cuerpo ya no estaría por la mañana. Me imaginaba a Alabama Joe agazapándose bajo las hojas de la gran Atrapamoscas en el más tenebroso lugar de la cañada, con el ceño fruncido y un revólver en la mano; podía verlo, señores, muy claro con estos ojitos.

»A eso de medianoche Simpson cerró su bar, así que tuvimos que irnos. Tom Scott comenzó su paseo de cuatro kilómetros largos a buen paso. Le dejé caer un aviso al pasar, porque me caía bien el tipo:

«—Mantenga su Derringer suelta en el cinto, señor —le digo—, porque quizá la vaya a necesitar.

»Me miró fijamente con su tranquila sonrisa, y luego lo perdí de vista en la oscuridad. Pensé que no iba a volver a verlo. Apenas había salido cuando viene Simpson y me dice:

«—Va a haber un buen jaleo en la Cañada de los Atrapamoscas esta noche, Jeff; los muchachos dicen que Hawkins partió hace media hora para esperar a Scott y pegarle un tiro en cuanto lo vea. Calculo que mañana va a hacer falta un forense.

»¿Qué pasó aquella noche en la cañada? Esa pregunta se la hacían todos a la mañana siguiente. Había un mestizo en el almacén de Ferguson al amanecer, y dijo que había estado por casualidad cerca de la cañada a eso de la una de la mañana. No era fácil seguir su historia, porque parecía especialmente aterrorizado; pero por fin nos contó que había oído los gritos más estremecedores en la quietud de la noche. No hubo disparos, nos dijo, sino un grito tras

otro, un poco ahogados, como de un hombre que tuviera un sarape en la cabeza, y estuviera con un dolor de muerte. Abner Brandon y yo, y algunos más, estábamos en el almacén por entonces; así que montamos y cabalgamos hacia la casa de Scott, yendo de paso por la cañada. Allí no había nada especial que ver... ni sangre, ni señales de lucha, ni nada; y cuando llegamos a la casa de Scott, allí que sale a recibirnos tan fresco como una lechuga.

»—¡Hola, Jeff! —dice—, después de todo no hicieron falta las pistolas. Venid, muchachos, echad un trago.

»—¿No escuchaste ni viste nada anoche al volver? —le digo.

»—No —dice—, estaba todo bastante tranquilo. Un búho ululando un poco en la Cañada de los Atrapamoscas... eso fue todo. Venga, pasad y tomad una copa.

»—Gracias —dice Abner, así que desmontamos; y después Tom Scott fue con nosotros al poblado cuando volvimos.

»Había un tumulto de mil demonios en la calle principal cuando llegamos. Parecía que el grupo americano se había vuelto completamente loco. Alabama Joe no estaba por ninguna parte, ni una maldita partícula de él. Desde que partimos para la cañada nadie lo había visto. Cuando bajamos de los caballos había un buen grupo delante del bar de Simpson, y algunas miradas feas hacia Tom Scott, se lo digo yo. Había un tintineo de pistolas, y vi que Scott también tenía la mano en su cartuchera. No había por allí ni una cara inglesa.

»—Échate a un lado, Jeff Adams —me dice Zebb Humphrey, el mayor bribón que ha habido sobre la tierra—, nadie te da vela en este entierro. Y bien, muchachos, ¿a nosotros, americanos libres, nos va a matar un maldito inglés?

»Nunca en mi vida había visto suceder algo tan velozmente. Hubo un gesto rápido y un estallido; Zebb estaba en el suelo, con una bala de Scott en el muslo, y también Scott estaba en el suelo, sujeto por una docena de hom-

bres. Era inútil luchar, así que se quedó quieto. Al principio no estaban muy seguros de qué hacer con él, pero luego uno de los grandes compadres de Alabama les puso a ello.

«—Joe no está —dijo—, y no hay nada más cierto que eso, y ahí está el hombre que lo ha matado. Algunos de vosotros sabéis que Joe fue anoche a la cañada a arreglar algunos asuntos; ya no volvió más. Ese inglés de ahí pasó por allá después de que Joe se fuera; tuvieron una pelea, y se oyeron gritos entre las atrapamoscas gigantes. Yo digo que le ha jugado al pobre Joe uno de sus trucos traicioneros, y luego lo ha tirado a la ciénaga. No es extraño que no encontremos el cuerpo. Pero, ¿vamos a consentir cruzados de brazos que un inglés mate a uno de nuestros colegas? Yo creo que no. Que el Juez Lynch lo juzgue, eso es lo que yo digo.

«—¡A lincharlo! —corearon cien voces airadas, pues toda la chusma y canalla del campamento nos rodeaba por entonces.

«—Vamos, chicos, traed una cuerda y a colgarlo. ¡A colgarlo del portón de Simpson!

«—Pero espera —dijo otro dando un paso al frente—, colguémoslo al lado de la atrapamoscas gigante de la cañada. Que Joe vea cómo lo vengamos, si es que lo han enterrado por allí.

«Hubo un bramido general ante eso, y allí que fueron, con Scott atado en su potro en el medio, y una guardia montada, con los revólveres amartillados, a su alrededor; porque sabíamos que había unos veinte ingleses o más por allí, que no parecían reconocer al Juez Lynch, y estaban con ganas de una pelea abierta.

«Salí con ellos, con el corazón apenado a causa de Scott, aunque él no parecía nada afligido, pero absolutamente nada. Era valiente hasta la médula. Parece un poco extraño, señores, lo de colgar a un hombre de una atrapamoscas, pero el nuestro no era un árbol corriente, y las hojas eran

como un par de barcas, con una bisagra entre ellas y espigas al fondo.

»Atravesamos la cañada hasta el lugar donde crece la gigante, y allí la vimos con sus hojas, unas abiertas y otras cerradas. Pero vimos algo peor que eso. Alrededor del árbol había unos treinta hombres, todos ingleses, y armados hasta los dientes. Estaban esperándonos, evidentemente, y tenían aspecto de estar de faena, como si hubieran venido por algo y quisieran conseguirlo. Había allí material para una reyerta como en la vida se había visto. Cuando nos acercamos a caballo, un escocés enorme de barba roja — se llamaba Cameron— dio un paso adelante, con el revólver amartillado en la mano.

»—Mirad, muchachos —dice—, no tenéis derecho a tocarle a este hombre ni un pelo de la cabeza. Aún no habéis probado que Joe esté muerto; y, si lo hubierais hecho, tampoco habríais probado que fue Scott quien lo mató. Y, en cualquier caso, hubiera sido en defensa propia; porque todos sabéis que estaba esperando a Scott para matarlo en cuanto lo viera. Así que digo, otra vez, no tenéis derecho a hacer ningún daño a este hombre. Y lo que es más, tengo treinta y seis argumentos encañonados en contra de que lo hagáis.

»—Es un punto de vista interesante, y merece una discusión —dijo el que era compadre de Alabama Joe.

»Hubo ruido de pistolas y desenfundar de cuchillos, y los dos bandos empezaron a acercarse uno a otro; aquello parecía preludiar un aumento de la mortalidad en Montana. Scott estaba atrás, con una pistola en la oreja por si se movía, con aspecto tranquilo y sereno, como si no se jugase nada, cuando de repente dio un respingo y un grito que resonó en nuestros oídos como una trompeta.

»—¡Joe! —gritó—, ¡Joe! ¡Miradlo! ¡En la atrapamoscas!

»Nos volvimos todos y miramos a donde señalaba. ¡Dios bendito! Creo que nunca me sacaré esa imagen de la cabeza. Una de las enormes hojas de la atrapamoscas, que ha-

bía estado cerrada y tocando el suelo, se estaba enrollando lentamente sobre sus bisagras. Allí, echado como un niño en su cuna, estaba Alabama Joe en el hueco de la hoja. Las grandes espinas le habían atravesado lentamente el corazón al cerrarse sobre él. Se veía que había intentado escapar, porque había un tajo en la gruesa y carnosa hoja, y tenía el cuchillo de monte en la mano; pero lo había asfixiado antes de conseguirlo. Se había echado allí, posiblemente para resguardarse de la humedad mientras esperaba a Scott, y la planta se había cerrado sobre él tal como ven que lo hacen sobre las moscas en sus pequeños invernaderos; y así estaba cuando lo encontramos, lacerado y convertido en pulpa por los grandes dientes de sierra de la planta antropófaga. Ésta, señores, creo que la admitirán como una historia curiosa.

—¿Y qué fue de Scott? —preguntó Jack Sinclair.

—Bueno, pues lo llevamos en hombros, hasta el bar de Simpson, eso hicimos, y nos invitó a una ronda de tragos. También hizo un discurso —un discurso de órdago— desde el mostrador. Algo sobre el león inglés y el águila americana marchando codo con codo por siempre jamás. Y ahora, señores, el cuento ha sido largo y mi veguero se ha consumido, así que creo que me iré antes de que se haga más tarde.

Y con un «¡buenas noches!» se fue del cuarto.

—¡Un relato muy extraordinario! —dijo Dawson—. ¡Quién iba a pensar que una *Dianoea* tuviera tanta fuerza!

—¡Diantre de cuento extraño! —dijo el joven Sinclair.

—Evidentemente, un hombre veraz y realista —dijo el doctor.

—O el mentiroso más original que haya pisado la tierra —dije yo. Me pregunto cuál de las dos cosas era realmente.

EL CAPITÁN DEL «POLESTAR»^[5]

EXTRACTO DEL CURIOSO DIARIO DE JOHN M'ALISTER RAY,
ESTUDIANTE DE MEDICINA

SEPTIEMBRE 11

Lat., 81 grados 40 minutos N., long., 2 grados E. Seguimos rodeados de enormes campos de hielo. El que se extiende hacia el norte de nosotros, y al que está aferrada nuestra ancla de hielos, no puede tener una superficie menor que un condado de Inglaterra. A derecha e izquierda se extienden, hasta el horizonte, superficies ininterrumpidas. El oficial informó esta mañana de que hacia el Sudoeste se advertían señales de témpanos flotantes. Si éstos se juntasen adquiriendo una fuerte cohesión, como para impedirnos el regreso, nuestra situación será peligrosa, porque, según he oído decir, nuestros víveres empiezan a escasear. La estación está muy avanzada y vuelven a aparecer las noches. Esta mañana vi una estrella que brillaba justamente encima de la verga del trinquete; es la primera desde primeros de mayo. Reina el descontento entre la tripulación, porque muchos de los hombres desean regresar a toda costa a sus puertos con tiempo suficiente para dedicarse a la pesca del arenque, pues en esta época se pagan altos salarios en la costa de Escocia. Su disgusto sólo se ha exteriorizado hasta este momento en la adustez de sus rostros y en sus miradas amenazadoras; pero esta tarde le he oído decir al segundo oficial que piensan enviar una comisión

para que exponga al capitán su malestar. Yo tengo grandes dudas sobre la acogida que el capitán les dispensará, porque es hombre de genio violento y muy sensible a todo cuanto represente quebrantamiento de su autoridad. Me arriesgaré, después de comer, a decirle algunas palabras acerca de este asunto. He comprobado que a mí me tolera cosas que le molestarían dichas por cualquier otro miembro de la tripulación. Desde nuestra cuadra de estribor se distingue la isla de Amsterdam, en el ángulo noroeste de Spitzbergen; es un conjunto de rocas volcánicas, entrecortadas por vetas blancas, que son otros tantos glaciares. Resulta curioso pensar que los seres humanos más próximos a nosotros en este momento son los que viven en las colonias danesas establecidas al sur de Groenlandia, es decir, que están a sus buenas novecientas millas en vuelo directo. El capitán que arriesga su embarcación en tales circunstancias carga con una gran responsabilidad. Ningún ballenero permaneció nunca en semejantes latitudes a estas alturas del año.

9 DE LA MAÑANA

He hablado con el capitán Craigie, y aunque los resultados de mi conversación no puedan considerarse satisfactorios, no tengo más remedio que reconocer que me escuchó tranquilamente y con gran deferencia. Cuando acabé de hablar, adoptó el aire de férrea resolución que ya he observado muchas veces en su rostro, y se puso a pasear de un lado para otro durante algunos minutos por la estrecha cámara. Al principio temí haberle molestado gravemente; pero él me disipó ese temor volviendo a sentarse y poniendo la mano sobre mi brazo con un gesto que casi parecía una caricia. También en el fondo de sus ojos negros y selváticos observé una expresión de ternura que me sorprendió considerablemente.

—Escuche, doctor —me dijo—: lamento mucho haberle embarcado a bordo, créame, y en este mismo instante daría cincuenta libras por verle sano y salvo en el muelle de Dundee. Esta vez me lo juego todo a cara o cruz. Al norte de donde estamos nosotros hay pesca. ¿Cómo se atreve usted a hacer ese gesto de duda con la cabeza, si yo le aseguro que desde el tope del mástil he visto las ballenas lanzando su chorro al aire?

Todo esto lo dijo en un súbito arrebató de cólera, a pesar de que yo no era consciente de haber realizado ningún ademán de duda.

—He avistado veintidós ballenas en otros tantos minutos, y ninguna de ellas de menos de diez pies de barba, tan cierto como que yo estoy aquí. Y ahora, doctor, ¿cree usted que puedo abandonar esta región cuando sólo me separa de la riqueza una condenada franja de hielo? Si por casualidad soplaste mañana viento del Norte, podríamos llenar el barco y alejarnos antes de que los hielos nos encerrasen. Si sopla del Sur...; bien, yo creo que a los hombres de la tripulación se les paga para que arriesguen sus vidas, y en cuanto a mí, es cosa que me importa poco, porque son más los lazos que me unen al otro mundo que a éste. Sin embargo, confieso que estoy pesaroso por usted. Preferiría tener a Angus Tait, que me acompañó en el último viaje, porque era hombre al que nadie echaría en falta, mientras que usted... Me dijo en cierta ocasión que estaba comprometido para casarse, ¿verdad?

—Sí —le contesté, haciendo funcionar el resorte del medallón que colgaba de la cadena de mi reloj, y mostrándole la pequeña fotografía de Flora.

—¡Váyase al diablo! —bramó, poniéndose en pie de un salto, y hasta la barba se le erizó de furor—. ¿Qué me importa a mí su felicidad? ¿Qué tengo yo que ver con esa joven para que usted me pasee su fotografía delante de los ojos?